Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

105 **Asesinato de Rucci, "fuimos nosotros"**



Suplemento especial de
Página|12

DURMIENDO CON EL ENEMIGO

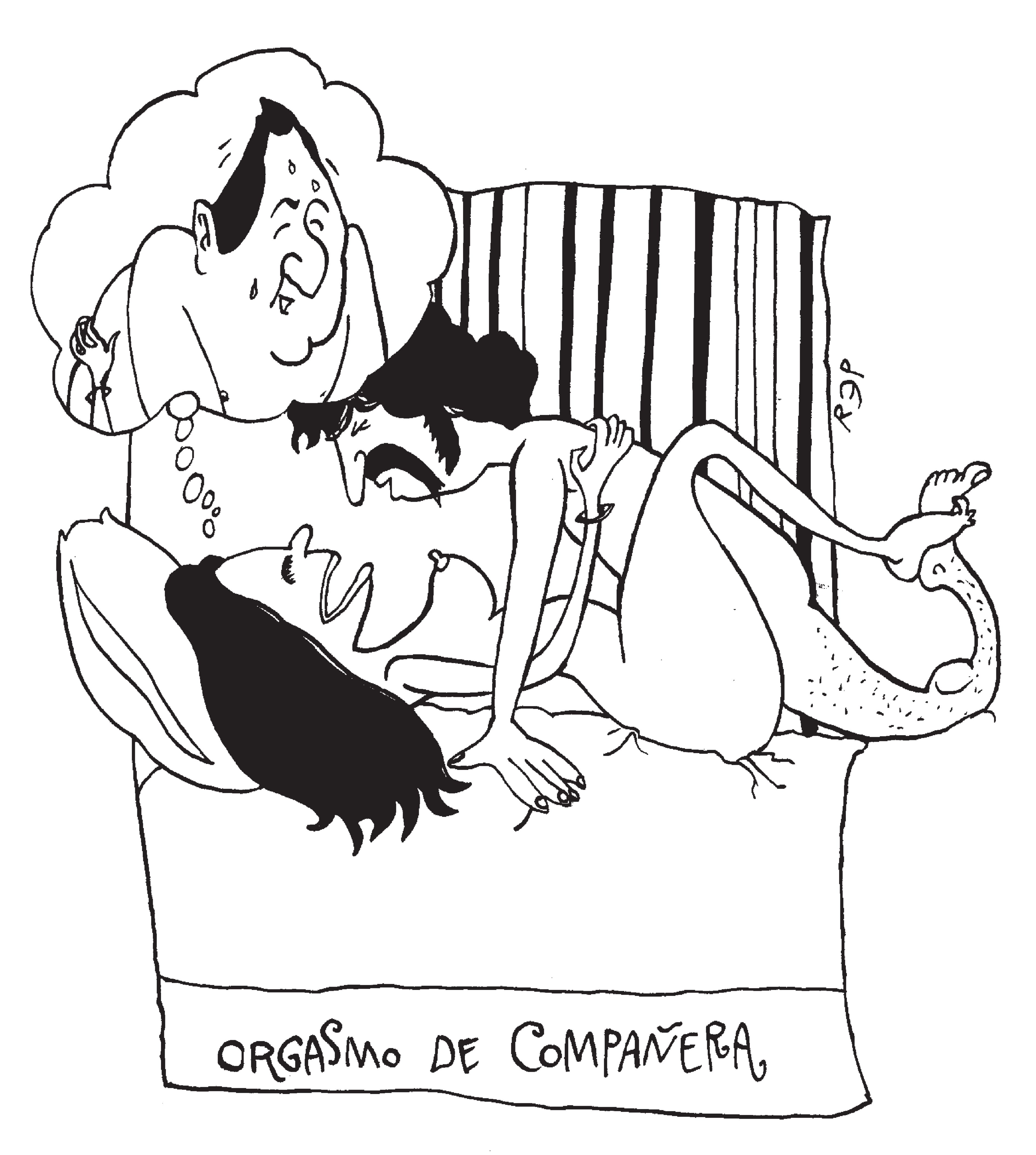
Lo del Brujo López Rega tenía tres facetas: 1) Nadie lo entendía. 2) Nadie lo quería entender. 3) Se creaba una teoría insensata para entenderlo. 1) No entenderlo era no poder incorporar a la figura política de Perón la del maldito Brujo. Si Perón era lo que había dicho ser durante 18 años, ¿cómo tenía a su lado a un fascista criminal? ¿O no era lo que había dicho ser? ¿Definía la importancia del Brujo la ideología de Perón? ¿Se definía Perón por tenerlo a su lado? ¿Cómo era posible que ese energúmeno fuera su "hombre de confianza"? ¿Era Perón, entonces, un fascista? Si no lo era, ¿cómo podía tolerar compartir su intimidad con uno? (*Nota*: Esto me recuerda a la famosa cuestión del antisemitismo de Heidegger. ¿Era Heidegger antisemita? Sus seguidores dicen: no. Sin embargo, el Rektor de Friburgo estaba casado con una mujer de nombre Elfride que, muy tempranamente, se había afiliado a las SA y hasta había escrito panfletos antisemitas. O sea, Elfride odiaba brutal, pasionalmente a los judíos. ¿No respondía esto a la cuestión del antisemitismo de Heidegger? ¿Puede alguien que no es antisemita estar casado con una mujer que militantemente lo es? Dieter Müller, el profesor heideggeriano de mi novela *La sombra de Heidegger*, en una reunión con militantes de las SA, decide responder a esa pregunta –la del antisemitismo de Heidegger– que, con dudas, se habían formulado los camisas pardas de Röhm: "El profesor Heidegger tiene una mujer que se llama Elfride. Todos ustedes saben quién es. Adhirió al nacionalsocialismo casi desde sus orígenes. Y es fervorosamente antisemita. Activamente antisemita. Exaltadamente antisemita. Ustedes se preguntan si Heidegger es antisemita. ¡Qué mal planteada está esta cuestión! ¡Y hay filósofos entre ustedes! ¿Qué pasa? ¿Olvidaron pensar con rigor? ¿Olvidaron desde dónde se aborda y se resuelve un problema? No me pregunto si Heidegger es o no antisemita. Me pregunto: si hubiera en él algún amor (por mínimo que fuese) por los judíos, ¿sería Elfride Heidegger su esposa? ¿Compartiría su vida con una mujer que ha hecho del odio al judío el sentido de la suya?", JPF, *La sombra de Heidegger*, Planeta, Buenos Aires, 2005, p. 75). Si tomamos el razonamiento de Dieter Müller se puede formular una pregunta más dura sobre la relación Perón-López Rega: si hubiera en Perón algún rechazo (por mínimo que fuese) por el fascismo, ¿podría tener a su lado a un fascista fanático, podría ser este nada menos que su secretario privado, su hombre de confianza, el guardián de su intimidad? Aquí viene el punto 2): la negación a entender la cuestión. Vaya uno a saber. Perón está viejo. El Brujo consiguió volvérsele imprescindible. Le masajea la próstata. Seguro le calma otros dolores. Le maneja a la mujer. Ella también lo requiere, lo quiere cerca. No se sabe. Es la intimidad del poder. Pero el Viejo *no es* López Rega. El Brujo es una debilidad suya, sin duda incomprensible. Pero no es su ideología. El Brujo será un facho. Perón no. Y menos que nada por tenerlo al Brujo de ladero. Y por último 3): la postulación de una teoría insensata. López Rega era la CIA. (Lo cual era muy probable.) Y Perón quería tenerlo cerca por eso. Porque al enemigo hay que tenerlo cerca. Que López Rega fuera la CIA era –acabo de decir– muy probable. O, al menos, tenía claros, evidentes, contactos con gente de la CIA. Ahora bien, decir que Perón lo tenía cerca porque quería tener al enemigo "controlado" era un dislate, una fábula tonta. Esa fábula podía llamarse *durmiendo con el enemigo*. En suma, Perón y el Brujo le han roto y le rompen la cabeza a cualquiera. Se han aportado anécdotas a raudales en las que Perón trata mal a Lopecito y le dice al anfitrión de turno que no le haga caso, que es un torpe, un tonto, etc. ¿Para que lo tiene entonces? Por decirlo claro: *La figura política, ideológica y hasta bélica de López Rega arroja inevitablemente una sombra durísima sobre Perón.* Particularmente por un hecho definitivo, que no admite atenuante alguno: *Muriéndose, Perón delega el mando en Isabel. Sabe que, al hacerlo, lo delega en el siniestro monje umbandista. En el jefe de la Triple A.*

PERÓN DELEGA EL MANDO EN LA TRIPLE A

Por decirlo más claro aún: Perón delega el mando en Isabel Perón el 29 de junio de 1974 a las 11.50 de la mañana. Ahí, en ese exacto y preciso momento, Perón delega el mando en la Triple A. Es duro decirlo, pero lo es porque nadie lo dice. Acaso se pueda alegar que –moribundo– no tenía clara conciencia de lo que estaba haciendo. Que no estableciera la continuidad Isabel-López Rega-Triple A. Alguien muy piadoso con el viejo general, Norberto Galasso, dice que quería dejarle la presidencia a Balbín. Que el secretario legal y técnico de la Presidencia, Gustavo Caravallo, le dijo que eso traería muchas dificultades legales. Que mientras esto ocurría López Rega chillaba que era un despropósito darle la presidencia a Balbín e Isabelita guardaba cauto silencio. Caravallo sale del dormitorio con la orden del líder de averiguar si es posible. Lopecito sigue furioso. Caravallo es convocado otra vez. Entra en el dormitorio del moribundo. Este le dice que se olvide del asunto. Mira a Isabelita y le da una "orden" ya casi desde la eternidad: "Pero, de todos modos, nunca tomes una decisión importante sin consultar con Balbín" (Galasso, *ob. cit.*, p. 1330). Qué patético. Quién se va a creer esto. ¿Podía pensar Perón que su Chabela, esa mujer miserable y despiadada pero tonta, habría de desobedecer al monje umbandista, a su querido Daniel, por seguir los consejos de Balbín? La fábula ha sido elaborada para mostrarlo a Perón yéndose de este mundo sin desear dejarle la presidencia a Isabel. Y, en caso de no poder sino hacerlo, recomendarle que los consejos fundamentales los reciba del buenazo de Balbín y no del genocida López Rega. Y el general queda limpio. Y muere sin la sombra del Brujo encima. (*Nota*: No es difícil imaginar la escena patética y trágica y, desde luego, macabra, que se habría producido en caso de que Isabel llevara a cabo el supuesto consejo de Perón. Lo llama a Balbín a la Casa Rosada. A su lado, como siempre pero algo más atrás, López Rega. Balbín se sienta frente a Isabel. "Cómo le va, doctor Balbín." "Aquí estoy, señora. Con las manos abiertas para colaborar." "Bueno, mire esta lista." Isabel le extiende una hoja de oficio con muchos nombres. Balbín la mira. "Sí, señora. Son nombres de gente que actúa en la política por el bien de los argentinos, no importa del lado que estén. Debemos lograr la unidad nacional." López Rega: "Vea, don Ricardo. Nosotros tenemos otros planes para esa gente. Queremos matarlos". Balbín lo mira atónito. Isabel, casi ingenuamente pero recordando el consejo del anciano general ("nunca tomes una decisión importante sin consultar con Balbín"), le dice: "Yo soy leal al general Perón. El me dijo, poco antes de morir, que todo lo consultara con usted. Sobre todo las cuestiones importantes. Nosotros creemos que esto es muy importante. Díganos, doctor Balbín: ¿a quién nos aconseja matar primero? ¿A Atilio López, a Julio Troxler o a Ortega Peña?". Habría sido una situación incómoda para Balbín. Piadosos, Isabelita y el Brujo se la ahorraron.) ¿Hasta tal punto necesita engañarse cierta gente? ¿Hasta tal punto duele lo que Perón indudablemente hizo? ¿Hay que negar, ocultar, disfrazar, maquillar, ridiculizar la verdad? Perón hizo *eso*. Y el que necesite negarlo para seguir siendo peronista deberá profundizar en sí mismo y preguntarse por qué. Ese acto nefasto no resume en totalidad a Perón. Con una vida tan compleja, tan comprometida con momentos decisivos de la historia de un país, hay que sumar, hay que ir en busca del todo. Perón es mucho más que el que le delegó el mando a Isabel-López. Aunque será inevitable no aislar este hecho de otros que definieron su vida. Desde el final, desde el ocaso, desde el mismísimo instante en que parte de este mundo, Perón fortalece las peores interpretaciones que se han hecho sobre su figura. Alimenta la gula de sus peores biógrafos, de quienes escribieron sobre él para expresar su odio y hasta para desdeñar las políticas populares. Y desampara a quienes buscan hacer de él una bandera de las luchas por los derechos de los pobres, de los hambreados. Que, con dolor, mascullan: "¿Para eso volvió, general? ¿Para darles la razón a los gorilas?". O peor: "¿Para hacerles el trabajo sucio a los militares?". Esta última hipótesis no es descartable. Si López Rega –en plena etapa de las matanzas de la Triple A– recibe el apoyo decidido de uno de los hombres más firmes de la doctrina militar de la Seguridad Nacional en la Argentina –Mariano Grondona: *Meditación del elegido*–, sin duda había trazado relaciones fuertes con sectores duros del Ejército. Acaso Perón les tendió una mano a sus compañeros de armas, que le habían restituido su uniforme, lo habían hecho teniente general y no lo habían perturbado. Como sea, volveremos sobre este tema. Y no precisamente de modo lateral.

EL DEDO DEL GENERAL, EL DEDO-SUPOSITORIO

Perón –a lo largo del '73– no se arroja abiertamente contra la Jotapé. Está claro que les ha cortado los víveres. Que los discursos los da en la CGT, avalando así a esa burocracia sindical contra la cual la Tendencia llevó una lucha desmedida, torpe, de la que habría de arrepentirse. (Muchos años después.) El líder intenta un enfoque del enfrentamiento interno que pueda entregar a todos una explicación. Lo hace el 30 de julio, en la CGT –por supuesto– y su pieza oratoria busca una conciliación que el discurso del 21 de junio no había intentado. Importa señalar que en estos discursos de la CGT Perón está impecable; su oratoria, como siempre, es efectiva o, sin más, brillante. Anida en él una seguridad de gran estadista, de gran conductor de masas. Son clases de adoctrinamiento. Había una opción –como dijimos– que irritaba a la Tendencia y al alternativismo de Ortega Peña ("Cuando la tribuna del general Perón deje de ser la CGT de los burócratas las cosas van a estar más claras", escribe en *Militancia*). Justamente: que las clases se daban en la CGT. Pero el general ya había elegido a su viejo y fiel sindicalismo desde el 21 de junio. No olvidemos: al sindicalismo peronista lo creó Perón. A los Montoneros, no. De modo que su tribuna era ésa: la CGT. Bajó línea de modo claro e implacable. Importante conclusión: ningún viejo con las neuronas deterioradas habría podido hacerlo. Fueron tantos los discursos que forman un corpus. Un corpus que cubre una etapa especialmente conflictiva. A atenuar estos conflictos dedica el jefe su discurso del 30 de julio. Dice que quiere tratar un tema importante para el momento que se vive. "Y es esa aparente controversia que parece haberse producido en algunos sectores del peronismo: la lucha, aparentemente, ha sido planteada como acusación a una burocracia sindical por un lado, y a los 'trotskos' por el otro" (citado en José Pablo Feinmann, *Estudios sobre el peronismo*, Legasa, Buenos Aires, 1983, p. 156). Este inicio del enfoque era auspicioso para la Tendencia. Si la "controversia" se estableció entre "sectores del peronismo", Perón le reconocía a la juventud su pertenencia al movimiento. La Jotapé –durante esos días– pedía la afiliación masiva al Partido Justicialista. Era otro disparate. Otro modo de desconocer la conducción de Perón. El plan era: si había afiliación masiva la juventud se adueñaba del PJ. Pues sus bases multitudinarias jamás podrían ser igualadas por las del sindicalismo. Pero era la petición de lo imposible. *Nunca hubo democracia interna en el PJ*. Lo que funcionaba era "el dedo de Perón". El general ponía ("a dedo") a quien se le cantaba donde se le cantaba. Durante la democracia –cuando el PJ, muerto Perón, busca organizarse democráticamente, busca recurrir a las urnas para darse una estructura transparente– se pinta en las paredes de la ciudad una consigna que aclara esta situación: *Ayer, el dedo sabio de Perón. Hoy, el dedo sabio del Pueblo*. Algunos, que seguían desconfiando, añadían: "Y siempre el dedo en el culo". Pero no importa. Si fue o no democrática la organización del PJ durante la democracia no es –ahora– nuestro tema. Importa marcar que se reconocía naturalmente que "ayer" –o sea, mientras Perón vivía– el "dedo" que resolvía la organización del Partido era "el dedo sabio de Perón". Esto tampoco lo entendieron los Montoneros al pedir internas abiertas. O acaso sí. Porque el proyecto que impulsaron en tanto Perón vivía fue reemplazar "su" dedo por el de ellos, que era más joven y hasta más "sabio" porque era el dedo de la "vanguardia". Todo inútil. El general seguiría usando, como siempre, "su" dedo y a la Tenden-



cia le tendría reservado el "tercer" dedo. No el "sabio", no el del "pueblo". Sino el "dedo-supositorio", por decirlo así.

APRESURADOS Y RETARDATARIOS

Continúa Perón: dice algo que todos saben, que ha dicho muchas veces, dice que en el peronismo, en tanto movimiento de una "amplitud muy grande", "*tiene que haber de todo en lo que a ideología se refiere*" (Feinmann, *Ibid*., p. 156). Pero esto no va a funcionarle ahora. El Padre Eterno tendrá que seguir eligiendo. Y elegir será echar a los "trotskos". Pero no por el momento. Aquí viene la gran teorización del líder, su encuadre conceptual de la situación: "En todos los movimientos revolucionarios existen tres clases de enfoques: el de los *apresurados*, que creen que todo anda despacio, que no se hace nada porque no se rompen cosas ni se mata gente. El otro sector está formado por los *retardatarios*, esos que quieren que no se haga nada, y entonces hacen todo lo posible para que esa revolución no se realice. Entre estos dos extremos perniciosos existe uno que es el del equilibrio y que conforma la acción de una política, que es el arte de hacer lo posible; no ir más allá ni quedarse más acá, pero hacer lo posible en beneficio de las masas, que son las que más merecen y por las que debemos trabajar todos los argentinos" (JPF, *Ibid*., pp. 156/157).

En resumen, hay tres sectores en el movimiento peronista:

1) Los apresurados.
2) Los retardatarios.
3) Los equilibrados.

Todos pueden coexistir en tanto sigan la conducción del líder. Esa conducción los llevará en paz hacia el mismo sitio. Si se obedece al líder no habrá problemas. Y el líder impone un ritmo a la "revolución". Ese ritmo viene de la Grecia de Pericles. "Es probable que la revolución sea tan vieja como el mundo (...) y quizá los inventores hayan sido los griegos (...). Pero la Grecia de ese tiempo, antes de lanzar la revolución, colocó, en el frontispicio de todas sus universidades, una frase que indica lo que la revolución debe ser: *Todo en su medida y armoniosamente* (...). Por eso, a toda esa muchachada apresurada –a la que no critico porque esté apresurada, porque Dios nos libre si los muchachos no estuviesen apresurados– hay que decirle como decían los griegos creadores de la revolución: 'Todo en su medida y armoniosamente'. Así llegaremos, no por la lucha violenta. Llegaremos por la acción racional e inteligente, realizada en su medida y armoniosamente" (Cfr: Galasso, *ob. cit.*, pp. 1218/1219).

Desde Córdoba, los teóricos del grupo *Pasado y Presente* (Pancho Aricó y Juan Carlos Portantiero en especial) elaboraron una crítica sencilla y contundente a este enfoque de Perón. Era así: los *apresurados* y los *retardatarios* no se diferenciaban porque unos iban más rápido y otros más despacio hacia un mismo fin. *No compartían ningún fin*. Los apresurados tenían un proyecto estratégico político. Y los retardatarios, otro. Y esos proyectos no sólo eran diferentes sino antagónicos. Acaso Perón habría respondido que eso a él no le importaba. Que, en tanto los dos grupos tuvieran necesidad de instalarse dentro del movimiento peronista para hacer política, él, que era el conductor, los llevaría a una misma meta: la de todo el movimiento. A esta altura, sin embargo, era visible que tal cosa no le era posible. A nadie. Ni siquiera a Perón. *El desorden ya era demasiado explícito, demasiado brutal y violento, como para conducirlo.* El ala juvenil –liderada por las organizaciones armadas– exhibía una agresividad y una irreverencia ante el líder que éste no había previsto. La derecha que el líder arroja sobre el ala juvenil para amedrentarla o controlarla escapa a la conducción de cualquiera, pues la ciega su propia violencia. No tiene noción del límite. Su odio "al zurdaje" no le permite medir sus acciones. Actúa

en la modalidad de la muerte. Ya veremos –al analizar detenidamente las acciones de la Triple A– que la derecha criminal clandestina inicia sus operaciones mucho antes de firmar como Alianza Anticomunista Argentina. (Que los montos llaman, con mayor precisión, Alianza Antiperonista Argentina, porque comunistas mató pocos y su blanco fue ese sector del movimiento, que Perón había reconocido, pero que enfrentaba su conducción, a los sindicatos y seguía armado esperando actuar. Algo que –espectacularmente– hace con el asesinato de Rucci.) En un trabajo documentado y valiente, Sergio Bufano ofrece un listado exhaustivo de esas víctimas. Se trata de una investigación de la *Latin American Studies Association* que publica la Universidad Nacional Autónoma de México en 1978. La lista empieza durante el "gobierno" de Lastiri y concluye un día después de la muerte de Perón. Se sabe que –a partir de esa muerte– la violencia asesina de la Triple A se dispara incontrolable y que sus listas se reparten con total impunidad. Este hecho llevó a muchos a afirmar que sus acciones empiezan luego de la muerte del viejo general, quien le habría puesto freno mientras vivió. El único atentado "firmado" es el del político radical Hipólito Solari Yrigoyen. Sin embargo, la lista de atentados y asesinatos que presenta Bufano indica otra cosa. La violencia paraestatal habría sido muy anterior. Algo que sería absurdo negar es el Navarrazo del 28 de enero de 1974. Esto ocurre –obviamente– en vida de Perón. Sucede que se venía manejando este hecho y otros como cosas que "le hacía" a Perón su ala derecha. Se cae así en la misma mecánica de la "teoría del cerco". La "ingenuidad" de Perón, su debilidad, su ignorancia ante hechos centrales del país, que ocurren sin su consentimiento y en medio de su ignorancia. Entonces, ¿era un líder o un muñeco manejado por los acontecimientos que generaban los violentos? Era Perón y si lo era tenía que saber muy bien qué iba a pasar en Córdoba. Y el "Navarrazo" fue una espectacular operación de la Triple A, con firma o no. Como Ezeiza. Sergio Bufano plantea correctamente la incómoda situación de los analistas políticos que revelan estas aristas incómodas de la tercera presidencia del líder del justicialismo: "¿Cómo indagar en la historia cuando al hacerlo desacralizamos la imagen que se ha construido sobre la figura de uno de los políticos más importantes de la Argentina, icono de un movimiento popular que trascendió el siglo XX y se proyecta como uno de los protagonistas del siglo XXI?

"No es una herejía mostrar el lado oscuro del líder. En el contexto de una época compleja, Perón recurrió a métodos terroristas ajenos al mandato que la sociedad, ansiosa de paz y democracia, le había otorgado. Podría haber optado por la ley y probablemente el final de la guerrilla montonera o marxista no hubiera variado. Quien derrotó a las organizaciones armadas no fue sólo el Terrorismo de Estado, sino también su propia ceguera, la de militantes que no supieron comprender que entre dictadura y democracia había una sustancial diferencia.

"El Perón que desde el exilio había utilizado la política del péndulo entre izquierda y derecha resolvió de la *peor manera* la contradicción que él mismo había provocado. Y optó por un camino *en el que pesó más su condición de militar que la de político*. La elección de José López Rega y su consentimiento para que actuaran bandas paraestatales como instrumento para depurar su movimiento y para derrotar al marxismo fue su peor decisión" (Sergio Bufano, "Perón y la Triple A", revista *Lucha armada*, Nº 3, junio, julio, agosto 2005, Buenos Aires, p. 27. Las cursivas me pertenecen).

RUCCI, BOLETA

Sin embargo, el 25 de septiembre tiene lugar una muerte que abre un sinnúmero de significantes. El *Acontecimiento Rucci* no es fácil de ser aprehendido en su total densidad, en su dimensión inmensurable, en el espacio que le abre a la Muerte. El jefe de la CGT era una pieza de alto valor estratégico-político para Perón. El *Pacto Social* tenía tres pilares: Gelbard, la pequeña y mediana empresa, Rucci, la clase obrera y el sindicalismo organizado, y Perón como conductor de un proyecto que se presentaba no sólo como el más atinado, sino casi el único para sacar el país adelante. A partir de este crimen es que Perón da rienda a sus bandas parapoliciales. Se entrega a la cólera de los dioses vengativos. No olvidemos algo que ya hemos marcado: Perón no cuenta con el Ejército. Lo que tiene para tirarles encima a quienes tan hondamente lo hieren con la violencia son bandas paraestatales que pondrá en manos del comisario Alberto Villar, un obseso de la violencia formado por la OAS y la Escuela de las Américas, el tipo que rompió con una tanqueta la puerta del Partido Justicialista el día en que ahí eran velados los muertos de Trelew. Quería llevarse los cuerpos, impedir las autopsias. Quería evitar que se ultrajara la sede del Partido velando a terroristas que no merecían tal cosa. Un descontrolado. Un tipo que asaltó a la policía de Córdoba y creó un escándalo provincial. (Ya veremos este episodio.) También Perón promueve a López Rega de cabo a Comisario General de la policía. Y pone a Margaride junto a Villar. Se defiende con cinismo cuando se le recuerda quiénes son Villar y Margaride: "A mí no me importa lo que ustedes dicen. Para mí son buenos policías. ¿O me van a negar eso?".

A la militancia juvenil la noticia le viene del aire, de la nada. Le llega como una sorpresa en forma de estocada. Estábamos en casa de Miguel mirando todo por la tele. El auto. Los agujeros de las balas. Las conjeturas. Las frases terribles que Rucci acostumbraba a decir contra los troscos y los zurdos repetidas hasta el hartazgo. Eramos seis o siete. De pronto entra un compañero. Nos mira a todos. Y dice:

–Fuimos nosotros.

Se sienta y la mujer de Miguel le sirve un café. El silencio dura mucho, demasiado. Sólo se oye la cucharita con que nuestro compañero revuelve el azúcar que le puso al café.

–¿Quiénes? –pregunta alguien.

–¿Quiénes qué?

–¿Cómo "quiénes qué", pelotudo? –se mete Miguel–. ¡Quiénes fueron!

–"Fueron" las pelotas, Miguel. "Fuimos." Fuimos nosotros. Lo apretamos al Viejo. Le tiramos el mejor fiambre para negociar en serio de una vez por todas. Si la derecha lo impresionó en Ezeiza, ahora nosotros le damos el cagazo de su vida matándolo al hijo de puta de Rucci.

El compañero se llamaba Andrés y era el único que tenía buenos contactos con la Orga. Ahora revelaba que tenía algo más que contactos. Terminaríamos mal con él. Pero no por el momento.

–Perdoname –dije–, pero yo no fui. Yo no fui, ni estoy de acuerdo y me parece la cagada más grande que se puede haber mandado la Orga.

–No estoy de acuerdo. Esto nos va a hacer ganar posiciones.

–¿Por qué no te metés ese plural en el culo? –dice Miguel–. Si hablás en nombre de la Orga, no hablés por nosotros. Si ustedes amasijaron a Rucci, se tomaron el raje de la política, viejo. Y si a partir de ahora la política se pudre, ya no hay política y empieza la guerra, la culpa la tienen ustedes.

Andrés deja el café sobre la mesa. Enciende un Jockey Club.

–Por ahí fue la CIA –cambia de frente–. Un coletazo de lo de Chile.

Apenas habían transcurrido unos días del 11 de septiembre, de la caída de Allende. La CIA sobrevolaba todas las conversaciones. Sobre todo las conspirativas.

–Pero vos no dijiste eso –le digo.

–No, yo dije la verdad. Fuimos nosotros. Y lo que se viene va a ser duro.

–Aclarame algo –dice Miguel–. ¿Por qué soy parte de algo que no se me consultó?

–¿Vos estás al frente del MHR?

–Sí.

–Estás en la Tendencia entonces.

Miguel asiente. Andrés dice:

–Bueno, fue la Tendencia. La Tendencia somos nosotros. Fuimos nosotros. Fuiste vos, Miguel. ¿O no sabés de sobra cuál es la organización hegemónica de la Jotapé? Bueno, los montos amasijaron a Rucci. Fuimos nosotros. Esa fue la frase que se bajó. Que se le diga a la militancia eso.

–A la mierda con los montos entonces. Porque yo no fui. Y rajá de mi casa o te saco a patadas. ¡Ya, carajo!

Andrés se levanta. Mira a la mujer de Miguel.

–Muy bueno el café, flaquita. Gracias.

–¡Andate!

–¿Te das cuenta, Miguel? Sos un violento. Puteás contra la violencia pero sos un violento. Me echás de tu casa a patadas. Andá a cagar.

Cierra la puerta al salir.

En *Diario de un clandestino*, Miguel Bonasso narra su encuentro con Firmenich luego del amasijo de Rucci. (*Nota*: Al pasar, dice algo importante: que Firmenich es un "mito desconocido", que sólo "pequeños toques" lo humanizan... Entre ellos: la pasión por Racing que comparte "con el cura Mugica", Bonasso, *ob. cit.*, p. 141.) Le dice que no está de acuerdo. Si perdonaron a López Rega después de Ezeiza, no ve qué es lo que determina matar a Rucci ahora, cuando está de aliado esencial de Perón y cuando éste acaba de ganar las elecciones por un porcentaje espectacular. "Firmenich me contesta con cierta condescendencia, sin molestarse. Da largas explicaciones e incluso sugiere que el capo de la UOM, Lorenzo Miguel, le dio luz verde al atentado, al sugerir que su compañero y rival en metalúrgicos era el obstáculo central para un eventual acuerdo con la Orga.

"El Pepe recién se impacienta cuando argumento que una organización revolucionaria no puede producir un ajusticiamiento sin asumirlo públicamente, porque si no, equipara sus acciones a las de un servicio de inteligencia. La frase, me parece, conspira contra mis posibilidades de ascenso" (Bonasso, *Ibid.*, pp. 141/142). Lo que no se explica es para qué quería Bonasso "ascender" en una Orga que hacía atrocidades políticas como asesinar a Rucci (*no ajusticiar*, la palabra "ajusticiar" pareciera que Bonasso la aplica mecánicamente a toda acción de la Orga, JPF). Lo que no se explica es cómo los grandes cuadros intelectuales siguieron ahí. Gelman, Urondo, Walsh, Conti, Oesterheld. Todos, para peor, arrastrando a la pendejada con su ejemplo. ¡Si estaban esos tipos en la Orga cómo no iban a seguir los pendejos! Sigue en pie la reflexión de Verbitsky: "Muchas veces me he preguntado cómo fue posible que personas de notable aptitud e incluso brillo intelectual se sometieran a los dictados de un liderazgo paupérrimo" (Cristina Zuker, *ob. cit.*, p. 9). Siempre que cito esta frase de Horacio se me pregunta: "¿Y él? ¿O él no estuvo ahí?". No lo sé. No sé hasta cuándo. Sé que se las picó lo más tranquilo y los mandó al reverendo (no a un sacerdote, sino a otro reverendo, el que llamamos "carajo"). Horacio dice que la distancia que la clandestinidad imponía era un escollo para conocer a la conducción. Y esto coincide con lo que señala Bonasso acerca del "mito desconocido" que Firmenich era. Mas, *por sus actos los conoceréis*. Después de la boleteada de Rucci había que irse. *No había dónde irse*. Era claro que si había que optar entre Firmenich y Perón era evidente optar por Perón. Sólo que hacerlo era optar por López Rega y la Triple A. Era una coyuntura en la que no había dónde meterse y sentirse a gusto. Al menos dentro del peronismo. Pero, ¿dónde si no? El peronismo lo cubría todo.

Muchos decidieron crear otra cosa. O, en principio, mandar al diablo a la maldita Orga. Ahí empezó la *disidencia*. Los montos, en seguida, le tiraron por la jeta una consigna. Era dura, pero revelaba la *realidad* de esa disidencia. Revelaba que los volvía bastante locos. Que no les gustaba nada. Que los hería. La consigna fue:

Disidentes por derecha
Disidentes por izquierda
Que los disidentes
Se vayan a la mierda

Tenían razón: no había otro lugar a donde irse.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

¿Quién mató a Rucci?